

Crítica de Arte

Albert Marquet

El gran pintor francés Albert Marquet, uno de los representantes más ilustres de la *Escuela de París*, acaba de fallecer. El arte francés sufre así una gran pérdida, tanto más lamentable cuando ella se produce pocos meses después de la desaparición de Pierre Bonnard. Contemporáneo suyo, el autor de *La baie de Naples* difiere fundamentalmente en su concepción de la estética.

Bonnard fué un neo-tradicionalista en sus comienzos y más tarde un independiente respecto al grupo coetáneo. Marquet, por el contrario, siguió la senda del *fauvisme* aprendido en Matisse, con quien pintó en sus años juveniles. Es indudable que entre estos dos pintores hay muchas semejanzas. Sus telas de los primeros tiempos están marcadas por una influencia común sentida en el taller de Gustave Moreau. El autor de *Salomé* trató en vano de desviar a sus discípulos de la pintura expresionista y rebelde, sin conseguirlo. Matisse y Marquet, tuvieron, desde el primer instante, la consecuencia de lo que querían.

Más tarde, sin embargo, distintas aspiraciones separan a los dos maestros. Matisse introdujo en su arte un lirismo colorista que le venía de los claros cielos meridionales. Marquet, a

su vez, comenzó a fijarse en la obra de Cézanne. Aprendió en las telas del pintor de Aix-en-Provence los contrastes de valores, la pasión constructivista y la síntesis volumétrica. No obstante, en la obra del artista fallecido se advierte una mayor fluidez de color, una más acusada seguridad de pincel y, a veces, una transparencia de acuarelista.

Con los años su expresionismo se hace más dramático. En este sentido se advierte en su obra cierta equivalencia con la de Vlaminck. Marquet es en los desnudos lo que el autor de *Le pont de Chatou* en los paisajes. Busca los aspectos urbanos envueltos en la niebla, la nieve de los muelles del Sena, los desnudos resaltantes en el contraste dramático de las sombras y las torres de *Notre-Dame* perdidas en las brumas espesas de los amaneceres.

Más tarde Marquet viaja. Conoce la pintura flamenca, las luces meridionales en los puertos mediterráneos: Tánger, Argel y, después, el Oriente.

Influido en este vagabundeo por el luminismo del Sur, su paleta se aclara de nuevo, recurre a los tonos puros, a los rojos ardientes, a los verdes súbitos y esmeraldinos, a los amarillos del cadmio. La violencia de estas armonías perfectamente orquestadas, empero, da a su obra un valor de primer orden en la pintura de la *Escuela de París*.

Albert Marquet no fué hombre inquieto por las distintas corrientes de su época. Desde la primera obra hasta la última, su camino es seguro. Su laborar está marcado con una honda voluntad de aprendizaje. De ahí que las mejores telas salidas de su mano sean las de la época postrera. Después de los paisajes urbanos, de las vistas de puertos y de las telas de temática marina. Marquet dirige sus miradas al desnudo y al retrato femenino. Es en estos temas en los que alcanza, dentro de un expresionismo muy acusado, sus mejores obras.

El pintor que había comenzado copiando a Chardin, a Poussin, a Lorrain, a Van Gogh, a Cézanne, adquiere al final

de su vida una maestría propia y una originalidad tanto más valiosa cuanto que sin dejar de entroncar con la pura tradición de los maestros, es reflejo fiel de su tiempo.

En el cúmulo de grandes pintores de la época, Albert Marquet se distingue y brilla por la fe ardiente en el oficio y en la técnica que no deja nada al instinto. Su obra ofrece a veces cierta conexión con los primitivos. Pero esto es sólo aparente. Entre los trazos ásperos de su pincelada se advierte un rigor matemático llevado a la máxima expresión.

Aguafuertes de Goya

Don Francisco de Goya y Lucientes, el pintor de las *majas* y de los pampanantes y coloridos *cartones* para tapices, fué un extraordinario grabador. Se complacía el maestro de Fuendetodos en dejar sobre la plancha de zinc la impronta de sus sueños y de sus fantasías. Recordemos que en cierta ocasión se retrató a sí mismo, durmiendo, con la cabeza apoyada sobre una mesa, mientras le rodeaban extraños seres y animales fantásticos. Don Francisco intituló ese grabado: *El sueño de la razón engendra monstruos*.

Y es que en el arte de este singular pintor había ya un barrunto de surrealismo. Sus monstruos, sus ensoñaciones, sus imágenes de pesadilla y de aquelarre, son una aspiración a penetrar en el trasfondo de la naturaleza humana.

En estos aguafuertes—los Proverbios—al aguatinta, expuesto en la Librería de Arte (dieciocho estampas en total, de la edición de 1930, con las planchas de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, sobre papel marquilla, numerados en edición de cien ejemplares, garantizada con los sellos y características de la Institución), se ve con toda nitidez esa inclinación del genio a hacer que su arte traspasara los dominios de la estética para llegar a la metafísica. *Los Proverbios* son comentarios no siempre claros. Hay en estas estampas de tanta